

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

NUMERO DEDICADO AL CENTENARIO DEL 48

SUMARIO

- JEAN CASSOU: *TRES TESTIGOS DEL 48* ¶
EDMUND WILSON: *PULIENDO EL LENTE* ¶
RODOLFO MONDOLFO: *MAZZINI Y MARX* ¶
B. SANIN CANO: *1848 - 1948* ¶
ERNESTO MONTENEGRO: *LA FILOSOFIA POLITICA DE CARL SCHURZ* ¶
MANUEL ROJAS: *DOS CENTENARIOS* ¶
LAIN DIEZ: *LOS ALEMANES DEL 48 EN CHILE* ¶
ENRIQUE ESPINOZA: *EL FANTASMA METE MIEDO EN AMERICA*

SANTIAGO **44** DE CHILE

DOS CENTENARIOS

EN EL transcurso de 1947 leí dos libros — si libro puede considerarse el segundo — que me parecieron, cada uno en su género, fundamentales: *Walden* o *La vida en los bosques*, de Thoreau, y el *Manifiesto Comunista*, de Marx y Engels. Al terminar de leer este último me dí cuenta de que existía entre ellos cierta relación: Thoreau se retiró del Walden en 1847, después de haber vivido allí dos años, y el *Manifiesto Comunista*, aunque publicado en 1848, fué empezado en 1847, es decir, en 1947 ambos hechos cumplían cien años. Más tarde, pensando en uno y otro escrito advertí que así como existía entre ellos una conjunción cronológica, así también había una diferencia de objeto y de destino.

Walden o *La vida en los bosques* es, en efecto, un libro escrito por alguien que sólo cree en el hombre y que piensa que sólo en el hombre está la salvación del hombre. Le son indiferentes la sociedad, los grupos, las masas, las clases; le preocupa sólo el hombre, y su propósito, al marcharse a vivir a las orillas del Walden, es huir de todo aquello y acercarse más a sí mismo, es decir, al hombre.

*

«Conozco jóvenes, hombres de mi ciudad, cuya desgracia consiste en haber heredado granjas, casas, graneros, ganado e implementos de agricultura, pues es más fácil adquirir esas cosas que deshacerse de ellas. Más les habría valido nacer en campo abierto y ser amamantados por una loba, para poder ver con ojos más perspicaces qué campo estaban llamados a cultivar. ¿Quién los ha hecho siervos del suelo? ¿Por qué han de comerse ellos sus sesenta acres, cuando el hombre está condenado a comer solo su porción de lodo? ¿Por qué han de empezar a cavar sus tumbas tan pronto como nacen? Tienen que vivir una vida de hombre, empujando todas estas cosas delante de ellos, y medrar lo mejor que puedan. ¡A cuántas pobres almas inmortales he encontrado casi aplastadas y exhaustas bajo su carga, arrastrándose por el camino de la vida, empujando un granero de setenta y cinco pies por cuarenta, sus establos de Augias, jamás limpiados, y un cente-

nar de acres de tierra, labrantía y de siega, de pastoreo y de monte!»

«A veces me sorprendo de que podamos ser tan frívolos, casi puedo decir así, como para reparar en la forma de brutal servidumbre — aunque algo distante de nosotros — que es la esclavitud del negro, habiendo tantos amos astutos y sutiles que esclavizan a la vez al Norte y al Sur. Es cosa dura tener un capataz del Sur; peor es tener uno del Norte; pero lo peor de todo es ser un cómitre de sí mismo. ¡Y luego se habla de la divinidad del hombre! Considere uno al carretero que va camino del mercado de día y de noche, ¿cuál es la divinidad que palpita dentro de él? ¡Su más elevada misión es dar forraje y agua a sus caballos! ¿Qué és para él su destino comparado con las mercaderías que transporta? ¿Qué tiene él de inmortal, qué de semejante a Dios? Véase cómo se agacha y se arrastra, y está todo el día lleno de un vago temor, y, lejos de ser inmortal o divino, es el prisionero y esclavo de su propia opinión sobre sí mismo, de una fama ganada por sus propios actos.»

«Fuí a los bosques porque deseaba vivir en la meditación, afrontar únicamente los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que ella había de enseñarme, y no sucediera que estando próximo a morir, descubriese que no había vivido. No quería vivir lo que no fuera vida, ¡la vida es tan cara!, ni tampoco deseaba practicar la resignación, a menos que fuese enteramente necesaria. Quería vivir profundamente y extraer todo lo maduro de la vida, vivir tan vigorosa y espartanamente como para infligir una derrota a todo lo que no fuese vida; guadañar un ancho espacio a ras del suelo; empujar la vida a un rincón y reducirla a sus términos más bajos, y si mostrase ser mezquina, obtener su genuina y total mezquindad y publicar su miseria ante el mundo; o, si resultara ser sublime, conocerla por experiencia, y ser capaz de dar una verdadera noticia de ella en mi próxima excursión. Porque me parece que la mayor parte de los hombres están en una extraña incertidumbre sobre si será del diablo o de Dios la vida, y han llegado a la conclusión, *un poco apresurada*, de que el principal fin del hombre sobre la tierra es «glorificar a Dios y gozar de El eternamente.»

«Decidámonos, y trabajemos y hundamos los pies en el fango de la opinión, del prejuicio, de la tradición, del engaño y de la apariencia, de ese aluvión que cubre el globo, en París y Londres, y Nueva York y Boston y Concord, en la iglesia,

el Estado, la poesía y la filosofía y la religión, hasta tocar el duro fondo de rocas que podemos llamar *realidad*, y digamos: «Esto es, sin error posible»; y entonces comencemos, teniendo un *point d'appui* por debajo de la inundación, del hielo y del fuego, un lugar donde podamos asentar un muro o un Estado, o colocar el poste de un farol, o tal vez un manómetro, no un «nilómetro», sino un «realímetro», para que las futuras edades pudiesen conocer cuán profundo aluvión de ficciones y apariencias se formaba de tanto en tanto.»

«Nunca me he sentido solo, o a lo menos, oprimido por una sensación de soledad; pero una vez, y esto fué algunas semanas después de haber venido a los bosques, dudé, durante una hora, de si la vecindad cercana del hombre sería o no esencial para una vida serena y saludable.»

«¿Qué especie de espacio es el que separa a un hombre de sus semejantes y lo vuelve solitario? He hallado que ningún esfuerzo con las piernas puede acercar gran cosa a dos almas.»

«Encuentro saludable estar solo la mayor parte del tiempo. Estar en compañía, aun de la mejor, es un estado que pronto se vuelve fastidio y disipación. Me gusta estar solo. No encontré nunca un compañero más sociable que la soledad. Frecuentemente estamos más solos yendo en medio de los hombres, que cuando estamos en nuestros aposentos. Un hombre, mientras trabaja o piensa, está siempre solo, donde quiera que se halle. La soledad no se mide por las millas interpuestas entre uno y sus semejantes.»

«Cierta tarde, hacia fines del primer verano, habiendo ido a la villa a recoger unos zapatos del taller de un remendón, fuí tomado preso y puesto en la cárcel, porque, como he relatado en otra parte, no había pagado un impuesto, o sea no había reconocido su autoridad al Estado que compra y vende hombres, mujeres y niños, como ganado, a las mismas puertas de su senado... Nunca me molestó ninguna persona, excepto las que representan al Estado.»

*

Estas citas de Thoreau, tomadas de *Walden*, dan una idea aproximada de la orientación de este hombre, cuyo espíritu se destaca, en la historia del pensamiento norteamericano, con perfiles que no es posible confundir: es un hombre terriblemente libre. Su desprecio por el Estado y sus instituciones

y su amor por la libertad son una nota que se repite constantemente en sus escritos y en su vida. No se conforma con tener una opinión: la defiende y quiere imponerla. «¿Cómo puede un hombre estar satisfecho de mantener una opinión simplemente para disfrutar de ella? ¿Hay una satisfacción en saber que se es oprimido?»

Se niega a pagar impuestos y va a dar a la cárcel; se une a los partidarios de la abolición de la esclavitud y defiende públicamente a John Brown; después de la guerra de Estados Unidos con México, que no fué más que un vulgar atraco, escribe su célebre ensayo *Acerca del deber de la desobediencia civil*; en todo momento ataca a los filisteos y siempre está dispuesto a rebelarse: «He nacido demasiado alto para ser objeto de propiedad, para ser un motivo secundario de control, o para ser servidor útil e instrumento de un Estado soberano en el mundo.»

Walden o *La vida en los bosques* es quizá el libro más importante que desde el punto de vista humano se escribió en Estados Unidos durante el siglo XIX. Su grandeza y su profundidad sólo tienen en ese país, aunque en el terreno literario, una réplica: *Moby Dick*, de Melville.

¿Con qué intención fué escrito? Acaso con ninguna; sólo con la de dar testimonio de la existencia de una vida libre. Debido a eso su destino no es más que un destino de belleza, es decir, no mueve a nadie ni une a éste con aquél; los que raramente lo leen y aprecian son, como su autor, individuos solitarios y libres, no tan libres como Thoreau — cada día es más difícil ser libre — aunque sí quizá tan solitarios, que ven en Walden lo que Hudson veía en las pampas argentinas: la imagen de una belleza desvanecida para siempre.

Ignoro si Tolstoy conoció este libro, pero, lo haya conocido o no, hay entre él y Thoreau una gran semejanza. La hay también, aunque en otro sentido, entre Thoreau y Hudson. Emerson escribió estas palabras sobre el autor de *Walden*: «Vivió solo; no se casó nunca; no fué jamás a la iglesia; nunca votó; se negó a pagar impuestos al Estado; no comió nunca carne, ni bebió vino, ni fumó; y aunque fué naturalista jamás se sirvió de una trampa o de un fusil.»

*

El *Manifiesto Comunista* tuvo, en cambio, un objeto preciso: el de servir de programa a un partido obrero revolucio-

nario (la Federación de los Comunistas) nacido en 1847 y fenecido en 1853. Como tal, tiende a unir al proletariado alrededor de ciertas ideas, la principal de las cuales es la que Engels destaca en el prefacio de la edición de 1883 y cuya paternidad atribuye exclusivamente a Marx: «La idea fundamental del *Manifiesto* es la de que la producción económica y la diferenciación social que resulta necesariamente de ella en cada época de la historia, forman la base de la historia política e intelectual de esta época. Es también la de que (desde la disolución de la antigua propiedad común de la tierra) toda la historia ha sido una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadas y explotadoras, dirigidas y dirigidas, sea cualquiera el grado de desarrollo social que unas y otras hayan alcanzado; es también la de que esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede libertarse de la clase explotadora y opresora (la burguesía), sin libertar para siempre a la sociedad entera de toda explotación, de toda opresión y de toda lucha de clases.»

Pero, aunque fenecido el partido para el cual fué escrito, el *Manifiesto*, que como producto de cierta clase de inteligencia tenía una propia independencia y una propia vida, siguió existiendo y sirviendo, sucesivamente, a los partidos y a los individuos que estaban y están de acuerdo con sus propósitos, claramente estampados en el párrafo último: «Los comunistas juzgan indigno de ellos disimular sus opiniones y sus propósitos. Declaran abiertamente que sus designios no serán realizados sino por el trastorno violento de todo el orden social tradicional. Las clases dirigentes deben temblar ante la eventualidad de una revolución comunista! Los proletarios no tienen nada que perder, excepto sus cadenas, y tienen, en cambio, un mundo que ganar.»

Pues el *Manifiesto* es el más franco y el más resuelto de los documentos que un individuo o un grupo de individuos haya redactado y publicado con el objeto de servir una causa o alcanzar un fin. No hay en él eufemismos ni vacilaciones y nadie puede decir, después de leerlo, que no lo ha entendido o que sería necesario corregir ésto o aquéllo; es una arma — una espada o una maza — y una arma no puede ser corregida: acéptala y quédate o recházala y vete.

Desgraciadamente, como tal, puede ser usado por cualquiera, ya que las armas, aunque terribles, sirven indistintamente al noble y al villano. Nadie — excepto un editor —

sacaré provecho de *Walden*; sus páginas no lograrán jamás reunir a más de tres o cuatro personas (y eso, para leerlas) y la más hermosa de sus frases («¡Oh el petirrojo de la tarde que cae al final de un día de verano de Nueva Inglaterra! ¡Si alguna vez yo hallase la ramita en que se posa!», por ejemplo), dicha en voz alta en una plaza pública o en un escenario, no haría más efecto que un solo de flauta tocado en una estación ferroviaria a la llegada del expreso. Una frase del *Manifiesto*, en cambio, la última, «Proletarios de todos los países, uníos!», ha movido en el mundo más gente que la que ha movido otra, célebre también, «Amaos los unos a los otros», que no ha servido para maldita la cosa y que hasta 1847 aparecía, aunque desfigurada, en la divisa de los ingenuos socialistas de la época, «Todos los hombres son hermanos», y a la cual reemplazó para siempre; los hombres no eran hermanos y, al parecer, tampoco querían serlo, con razón muchas veces. Allí donde se ha dicho, allí donde se ha gritado, la frase de Marx y Engels ha tenido un éxito arrebatador: el proletariado se ha unido y ganado bajo su sombra, a veces, grandes victorias y sufrido también, a veces, tremendas derrotas, nunca, sin embargo, por culpa de la frase o de los que acudieron a su llamado sino, siempre, por culpa del que la usó para fines que no tenían nada que ver con el resto del *Manifiesto*; el *Manifiesto* no se puede usar por partes: es una arma y no un traje y si alguien o algunos lo han usado por partes y han tenido éxito con ello, ese éxito ha sido posible sólo gracias al desvirtuamiento y negación del resto.

Pues el *Manifiesto*, como todos los documentos que han servido y sirven para unir a la gente — constituciones políticas, declaraciones de independencia, escrituras sagradas y otros — se ha prestado para crear imponentes, y al parecer indestructibles, tergiversaciones y mitos.

*

Tales fueron los objetos y tales han sido los destinos de *Walden* o *La vida en los bosques* y de el *Manifiesto Comunista*. No se crea, sin embargo, que Thoreau fuese indiferente a lo que animaba a Marx y Engels: su odio al estado burgués y a la burguesía. En alguna parte de su obra, quizás si en su diario íntimo, dice:

«¡Qué ejército de no productores *produce* la sociedad, generalmente señoras (viejas y jóvenes) y los llamados caballe-

ros ociosos! Muchos creen que emplean bien su vida como dispensadores caritativos de la riqueza que ganó alguno de sus antepasados, y quienes nada producen, como son precisamente los que tienen costumbres más lujosas, son precisamente quienes más necesitan y quienes se quejan más ruidosamente cuando no consiguen lo que necesitan. Esos, que son literalmente indigentes y se mantienen de la caridad pública, son los mendigos más importunos e insaciables. Se agarran como glotones al hombre vivo y chupan sus partes vitales. Por cada hombre locomotor hay tres o cuatro gorreros que se agarran a él, como si confriesen un gran honor a la sociedad viviendo a su costa. Mientras tanto llenan las iglesias y mueren y resucitan de vez en cuando. No tienen otra cosa que hacer que pecar y arrepentirse de sus pecados.»

Pero en tanto que Thoreau no hizo más que dejar constancia de lo que veía, alabando lo hermoso y lamentando lo feo, Marx y Engels, más activos y más realistas, dieron a quien más le interesaba, al proletariado, una arma con que atacar al estado burgués y a sus sirvientes y defensores. Esa arma conserva aun, como en el primer día, su fuerza y su violencia: «Proletarios de todos los países, uníos!»

Esperemos, a ver qué resulta.



¿Habéis visto alguna vez, desde una alta cima, elevarse el sol? Una cinta purpúrea marca de rojo y sangre la orilla del horizonte anunciando la nueva luz; y he aquí que nubes y nieblas se juntan para combatir en seguida la aurora y ocultar por un instante sus rayos. Pero la lenta y majestuosa ascensión del sol mismo ningún poder terrestre sabría contenerlo; y una hora más tarde, visible a todo el mundo, expande desde el firmamento su calor y su luz. Una hora basta para elevar cada día un sol nuevo en el cielo de la naturaleza; veinte o treinta años no serán muchos para elevar un nuevo sol en el cielo de la historia.

LASSALLE.